

# Marilyn Monroe.

## «La musa carnal de Hollywood»

*Marilyn Monroe.*  
*«The carnal muse of Hollywood»*

■ Juan Tejero\*

■ De todos los grandes mitos que ha dado el séptimo arte, ninguno ha alcanzado la dimensión, vigencia e incorruptibilidad de Marilyn Monroe. Su leyenda, que va más allá de cuantas especulaciones surgen cada año sobre las causas de su trágica muerte, resurge continuamente convertida en un icono que no es sino uno de los grandes milagros de la historia del cine.

Desde los tiempos de Greta Garbo nadie había conseguido conectar con el público de manera tan contundente y unánime como ella. Indiscutible símbolo sexual de la década de los cincuenta, musa de varias generaciones y principal protagonista de los sueños eróticos masculinos, Marilyn reveló unas excepcionales dotes para convertir una imagen en recuerdo imborrable. Los espectadores estaban hechizados con esta vaporosa criatura, que tenía un cuerpo creado para el sexo y un alma desgarrada por el dolor. Su turbulenta vida personal —que muchas veces se colaba en la pantalla— también aumentó la temperatura de su poder en taquilla... y la fascinación que provocaba está aún por enfriarse. Pese a su desigual filmografía, en la que habitan títulos no excesivamente memorables con obras maestras de la talla de *Con faldas y a lo loco*, Monroe fue mucho más lejos que la mayoría de las estrellas de cualquier época.

Hoy sigue siendo la quintaesencia de una femineidad agresiva y tímida, hecha de exageraciones anatómicas y de vestuario, de complejos de inferioridad y miedos irrepresibles, el molde de un estilo identificable e imitado hasta la saciedad incluso en nuestros días. Pero no hay nada más patético que una imitadora de Marilyn. Nadie

---

\* El autor fundó (1992) la revista Cinerama, que dirigió durante nueve años, y en 1998 T&B Editores ([www.cinemitos.com](http://www.cinemitos.com)). Desde la creación de T&B compagina la labor de dirección de la editorial con la de escritor, así como la colaboración en diversos programas de radio y televisión. Es autor de numerosos artículos y libros. Recientemente ha publicado: ¡Qué ruina de película! (2008), El grupo salvaje de Hollywood (2009) y Audrey. Una princesa en la corte de Hollywood (2010).

puede copiar su estilo y nadie, salvo Kim Novak, que jamás la imitó, pudo ocupar su lugar dignamente.

Lo que la hacía única era su abrumadora sexualidad, su talento como cantante y actriz, su aire de asustada inocencia y su visible anhelo por hacerlo mejor. Porque, ante todo, fue una mujer que luchó toda su vida por colocarse por encima del lugar en que los mercaderes del cine pretendían encasillarla.

«No me interesa el dinero», le dijo a un asombrado productor cuando estaba iniciando su carrera, «lo que quiero es ser maravillosa». Y, en efecto, logró lo que se había propuesto. Estaba dotada de una arrolladora fotogenia, de un físico único y fascinante. Tenía bonitos ojos grises azulados, boca sensual, senos altivos y tentadores, cintura de avispa, caderas voluptuosas y glúteos redondos y prominentes. Su forma de caminar se basaba en una «coreografía» única e inimitable de piernas, muslos y nalgas, a las que parecía dotar de una curvatura superior a la normal (ella siempre daba la medida superior e inferior de sus caderas). Pero su erotismo no tenía nada de artificial o sofisticado, y parecía surgir de manera lógica y natural de su propio cuerpo y de su forma de ser. Marilyn era una muñeca de lujo, un sueño erótico y una mujer frágil a la que nadie parecía tomar en serio.

Introvertida, insegura, vulnerable, Monroe intentó romper el molde que Hollywood le había impuesto y convertirse en una actriz de verdad, en una persona a la que los hombres admirasen por su talento, por su cerebro, por su inteligencia y su cultura. Devoró libros y más libros ansiando ser la lady Grushenka de «Los hermanos Karamazov»; escribió poemas con el secreto afán de que la sobrevivieran, y asistió como una alumna más a los cursos de Lee Strasberg en Nueva York. Tanto se afanó por conseguir buenos papeles en películas serias y por mejorar sus cualidades interpretativas, que nunca fue consciente de su fabuloso potencial cinematográfico, tan evidente, pero que a menudo fue menospreciado e incluso rechazado.

Para algunos era una gran comedianta, para otros sólo una broma sexual. Y para bien o para mal, la rubia tonta por antonomasia, la última rubia explosiva.

Sin embargo, su figura tal como ha pasado a la historia queda muy lejos de la simplicidad. Como decían Cary Grant y Ginger Rogers en *Me siento rejuvenecer*, era «mitad niña, pero la mitad que no se ve». Lo cierto es que los problemas y tribulaciones de la incendiaria mezcla de sexualidad e inocencia que fue Marilyn Monroe han oscurecido el hecho de que se trataba de una actriz de enorme talento; según Joshua Logan, «la que más se acercaba a la genialidad de todas las que he conocido». Nunca se podrá saber hasta qué punto ese talento era algo intuitivo y hasta qué punto se debió a su intensa dedicación profesional. Pero evidentemente, su magistral actuación en las escenas de cabaret de *Bus Stop* no tenía nada de casual, y hay algo casi mágico en su extraordinaria habilidad para pasar de lo cómico a lo dramático de manera casi imperceptible.

Monroe triunfó por sí misma. Y no sólo porque su ascensión al estrellato fuese lenta y abundantes en desalentadores contratiempos, sino porque logró imponer por encima de todo y de todos su figura y su encanto personal, su maravillosa fotogenia. Y en lugar de limitarse a encarnar personajes más o menos brillantes o dramáticamente interesantes, gozó del privilegio de asomarse a las pantallas tal cual era, con todas sus





contradicciones, temores, esperanzas y obsesiones. En cada nueva película, ella era Marilyn con mayor intensidad, si cabe, que en su legendaria vida privada, donde se mostraba como un nido de contradicciones: complaciente pero exigente, inteligente pero aturdida, pletórica de vida por fuera y deprimida por dentro. No es de extrañar: fue bendecida con el *sex appeal* y maldecida con su crianza. Porque mucho antes de convertirse en Marilyn Monroe, la niña Norma Jean Baker, de padre desconocido y entregada en adopción a las seis semanas de nacer, vivió una infancia errante, llena de sinsabores, desprotegida ante todo tipo de agresiones. Nació el 1 de junio de 1926 en Los Ángeles, California (EEUU), y parece ser que desde su habitación se veían los letreros luminosos de los estudios RKO. Toda una premonición.

Su linaje no tenía nada de aristocrático. Su madre, Gladys Mortensen, una hermosa y modesta obrera de la industria del cine, pertenecía a una familia afectada por trastornos mentales y tendencias suicidas hereditarias. De su padre nada se sabe. El primer marido de su madre se llamaba Baker, y el segundo Mortenson, pero ella ya estaba divorciada de ambos cuando nació Norma. Años más tarde, la actriz declaró que seguramente fue un bebé no deseado. «La verdad es que mi madre no me quería. Me interpusé en su camino y no debí ser más que un estorbo para ella».

Y no se equivocó. Gladys, una joven trotamundos enemiga del deber pero amante de la diversión, entregó en adopción a su hija ilegítima a las seis semanas de nacer. Durante toda su infancia, Norma tuvo a su madre internada en diversos centros psiquiátricos, por lo que creció entre orfanatos y casas de vecinos, en ambientes un tanto dispares y no siempre plácidos y recomendables. En estas circunstancias se fue forjando, entre frustraciones y amargo desamparo, la frágil personalidad de la futura estrella.

Recién cumplidos los dieciséis años, Norma dejó los estudios e intentó buscar el amor del que nunca se había creído merecedora en los brazos de un irlandés de veintiún años llamado Jim Dougherty, un oscuro trabajador de una fábrica de aviones. Aún sin estar enamorada, veía el casamiento como una liberación de su trasiego de falsos hogares.

En un principio, intentó ser el ama de casa perfecta. Pero la Segunda Guerra Mundial vino a trastornar el inestable equilibrio familiar de los Dougherty. Jim tuvo que incorporarse a las fuerzas navales y fue enviado a la isla Catalina. En 1944, ausente su marido, ahora embarcado y enviado a Australia, Norma empezó a trabajar en una fábrica de guerra revisando paracaídas. Esta separación marcará el final de una experiencia juvenil, un espejismo de amor que apenas dejaría huella en su vida. Mucho tiempo después, Marilyn Monroe explicaba este matrimonio con las siguientes palabras: «Apenas nos hablábamos. No teníamos nada que decirnos».

Muchos se han atribuido —y a nadie se ha acabado de adjudicar, quizá el agente Johnny Hyde— el mérito de descubrir en ella a la futura estrella de cine, pero, a un nivel más humilde, fue un fotógrafo de la Armada el que al verla en aquella fábrica le pidió que ejerciera de modelo para unas fotos destinadas a ilustrar un reportaje propagandístico. Para su sorpresa, Norma Jean no necesitó tomar lecciones previas de cómo posar. En ese momento se inició su carrera hacia la fama.

Alentada por su primer éxito, la futura actriz decidió abandonar la fábrica y abrirse camino como modelo. Los resultados fueron positivos: los fotógrafos empezaron a fijarse en su impactante anatomía y uno de ellos la llevó a una agencia de modelos, Blue Book, donde la tiñeron el pelo y la enviaron a una escuela de buenas maneras (desfile de modas, poses, maquillaje, arreglo personal...). Posó como *pin-up* para docenas de fotógrafos y dibujantes, que utilizaban las atractivas formas de su anatomía para ilustrar portadas de revistas, novelas o calendarios, y a nadie se le escapó que aquella rubia exuberante emanaba vibraciones por doquier. Las revistas masculinas, lógicamente, se disputaron sus fotografías. Y su radiante sonrisa no tardó en aparecer en las portadas de revistas masculinas como «Laff», «Peek» y «See».

Hollywood, que siempre estaba a la caza de nuevas caras, se fijó en ella y el buscatalentos Ben Lyon le consiguió, por indicación de Howard Hawks, una prueba de cámara para la RKO. Sin embargo, la 20th Century-Fox se adelantó al estudio rival y en agosto de 1946 la contrató por un año. Lyon eligió para ella la primera parte de su nombre artístico, Marilyn, añadiendo después ella el apellido Monroe en recuerdo de su abuela materna, a la que nunca conoció. El resto es historia.

Sus primeros papeles fueron cortos, intrascendentes, pero el público comenzó enseguida a fijarse en aquella rubia impresionante. John Huston le ofreció su primera gran oportunidad en *La jungla de asfalto* (*The Asphalt Jungle*, 1950). Luego sería la incompetente secretaria de Cary Grant en *Me siento rejuvenecer* (*Monkey Business*, 1952); la esposa infiel en *Niágara* (*Niagara*, 1953), que impulsó a un crítico a escribir: «Las cataratas y Marilyn Monroe son algo que hay que ver»; la enamorada de las joyas en *Los caballeros las prefieren rubias* (*Gentlemen Prefer Blondes*, 1953), que aportó pruebas palpables de su talento; la seductora miope en *Cómo casarse con un millonario* (*How to Marry a Millionaire*, 1953); la mujer desgarrada en *Vidas rebeldes* (*The Misfits*, 1961)...

En general, sus mejores papeles eran ligeras variaciones de la imagen de rubia sensual y boba con la que debió cargar a lo largo de catorce años y una treintena de películas. En *La tentación vive arriba* (*The Seven Year Itch*, 1955) encarnó el objeto de las fantasías de Tom Ewell. En *Bus Stop* (1956), su interpretación de una desgarrada y frívola cantante de cafetín merecía al menos una nominación al Oscar, un honor que nunca se le otorgó. Y en *Con faldas y a lo loco* (*Some Like It Hot*, 1959) su personaje es tan divertido como conmovedor. Nunca brillaron tan alto el candor, la dulzura y la capacidad de fascinar de Marilyn.

Durante la mayor parte de su carrera, Monroe salió muy cara a las compañías cinematográficas, entre sus malos humores, su dependencia de diversas sustancias y sus omnipresentes profesoras de interpretación. Todos sus compañeros de rodaje han hablado de indisciplina, dificultades de memoria, retrasos en el rodaje y demás impertinencias que la hacían particularmente difícil, cuando no insoportable. Más de un gran director de cine que tuvo que sufrirla la calificó de una egocéntrica, caprichosa e insoportable estrella que volvía loco a todo el mundo, pero que poseía magia en la pantalla. De hecho, más allá de todas las anomalías de su carácter, Marilyn convirtió en oro todo lo que tocó, pero nadie le prestó atención como persona.

KS A698  
LYN MONROE  
"DORIS"  
3  
CLUB  
ALA  
SC +  
GRAVILL A  
1/2/52



Pocas figuras habrán representado con tanto desgarró la soledad sentimental del siglo xx. «Una carrera es una cosa maravillosa -había dicho una vez-, pero no sirve para acurrucarse contra ella en una noche fría». Monroe no encontró nunca la estabilidad sentimental que tanto ansiaba, y sus cuatro matrimonios terminaron en divorcio. Ni el sencillo Joe Di Maggio ni el pigmalión Arthur Miller consiguieron que la felicidad de la actriz durara más de algunos meses. Pero antes pasaron por su vida fotógrafos como André de Dienes, diseñadores como Billy Travilla, productores como Joseph Schenk y actores como Marlon Brando, Frank Sinatra o Yves Montand. Se calcula que Marilyn tuvo relaciones íntimas con no menos de un centenar de hombres; relaciones que en unos casos revistieron una cierta importancia y que en otros no fueron sino la expresión del miedo a la soledad y de la inseguridad que la estrella padeció durante toda su existencia. Es difícil desligar a Monroe de la Cherie de *Bus Stop*, que dice: «Es que tengo que sentir que la persona que se case conmigo se preocupa por mí de verdad, aparte de todo eso del amor».

Cuánto debió de sufrir aquella diosa rubia y desvalida que conoció el cielo y el infierno; la superestrella de Hollywood con ansia inagotable de amor; la maravillosa criatura que derramaba su incomparable sensualidad y su desarmante encanto en una pantalla, pero que quería ser amada no por su cuerpo, sino por su alma, su sensibilidad y su inteligencia. Marilyn Monroe, la musa carnal de Hollywood, vivió intentando conjugar su papel de estrella, rubia y algo tonta, con el de una mujer frágil que quería a toda costa ser feliz. Pero el mito devoró a la mujer. O lo que es lo mismo, Norma Jean sucumbió ante Marilyn Monroe. Como dijo en cierta ocasión, «Hollywood es un lugar en el que te pagan mil dólares por un beso y cincuenta centavos por tu alma. Lo sé porque rechacé con bastante frecuencia la primera propuesta y acepté demasiadas veces la segunda».

Marilyn había alcanzado un punto de no retorno cuando empezó a rodar *Vidas rebeldes* en 1960. Completada ya casi del todo su transformación en juguete roto, aunque aún en la cumbre de su belleza y su talento, tuvo serias dificultades para sobrellevar un rodaje difícil que no tardaría en convertirse en pesadilla, y del que jamás se recuperó. Fue a esta mujer desgraciada y gravemente enferma a quien los patrones de la Fox obligaron en 1962, bajo amenaza de acciones judiciales, a cumplir su contrato y filmar otra película de George Cukor, *Something's Got to Give*.

El estudio estaba al borde de la quiebra. Su futuro estaba en manos de dos películas y dos estrellas: Elizabeth Taylor con *Cleopatra*, de Joseph L. Mankiewicz, y Marilyn Monroe con *Something's Got to Give*. La primera fue un fiasco económico que influyó decisivamente sobre el presupuesto de la segunda, un agravio tanto más humillante para Monroe dado que la actriz sabía que la faena había hecho ganar a Taylor dos millones de dólares.

El rodaje de *Something's Got to Give* arrancó bajo los peores auspicios. Enferma, Marilyn acumulaba retrasos y ausencias, y cada vez le resultaba más difícil emerger de sus interminables sesiones de maquillaje y vestuario. George Cukor, que había tomado sin ganas las riendas de la película, no se mostró comprensivo. El conflicto

entre actriz y la Fox se agravaba, y el joven productor Henry Weinstein, sobrepasado por los acontecimientos pese a su bondad y comprensión, se veía incapaz de encarrilar el proyecto. Las secuencias que Monroe llegó a filmar son magníficas, las más bellas, quizás, de toda su carrera. Pero ya no había vuelta atrás: la actriz fue despedida.

A acrecentar la amargura del golpe contribuyó la circunstancia de que Marilyn vivía por entonces la pasión más desatada de su vida: mantenía una relación con el presidente de EEUU, John F. Kennedy. Ingenuamente, había empezado a hacerse ilusiones de convertirse algún día en su esposa. El 19 de mayo de 1962, Marilyn acudió al Madison Square Garden para cantar el «Happy Birthday» durante una gala de cumpleaños organizada por los amigos del Presidente. Demasiado tarde comprendió que no era más que una muñeca de lujo en manos de un hombre que no dudó en sacrificarla cuando el clan Kennedy decidió que la broma ya había durado bastante. Fue el propio hermano del presidente, el ministro de Justicia Robert Kennedy, quien se ocupó de la ruptura. Numerosos testimonios dan a entender que tampoco Robert fue insensible a los encantos de Monroe. ¿Fue Bob Kennedy el último amante de Marilyn? Según la mayor parte de sus biógrafos, sí.

Cuando ya había solucionado sus diferencias con la Fox y se disponía a reanudar el rodaje de *Something's Got to Give*, bajo la dirección esta vez de Jean Negulesco, Marilyn se encerró un día en su casa y nadie volvió a verla con vida. El 5 de agosto de 1962 apareció muerta en su habitación, víctima, según el (tardío) comunicado oficial emitido por el médico forense de Los Ángeles, de un envenenamiento con barbitúricos. La tesis del suicidio quedaba avalada oficialmente, pero no convenció a todo el mundo. Numerosos periodistas creyeron reconocer en la muerte de la estrella la mano de la mafia o de la CIA. ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿Complot?...

La rubia insinuante del calendario, la mujer que había decorado bares, tiendas y talleres, y cuyo cuerpo había elevado Hugh Hefner a la categoría de *sex symbol* nacional al elegirla como estrella del primer número de «Playboy», había fallecido sola, tras intentar localizar telefónicamente a Bob Kennedy. Acababa de cumplir treinta y seis años y una nube de misterio envuelve su final.

La suya fue una muerte muy sentida. Miles de portadas y una decena de películas permanecen como prueba de este idilio entre una actriz y el cine.

Monroe significó un sueño para varias generaciones de espectadores y uno de los grandes mitos del siglo pasado; un gran mito edificado, como tantas veces, sobre una muerte prematura.

Resulta imposible olvidar su risa, sus piernas, su pecho desafiante, su vitalidad. Y también, su infancia desgraciada, sus amores desafortunados, su inseguridad ante las cámaras, el pánico a envejecer y tantos elementos que configuran el lado oscuro de su personalidad. Su historia es la del siglo xx. Su imagen, el emblema de una época. Y es que los caballeros no sólo las prefieren rubias, sino que prefieren a Marilyn.

